

Era un tipo singular aquel Príncipe de veintitres años, que daba el tono en París, inventaba las modas, decretaba el *chic*, y dirigía á la gente elegante como con su látigo á una yegua bien amaestrada. Todos los debutantes le imitaban, copiando su manera de vestirse, como los discípulos del Conservatorio tratan de imitar el sonido de la voz del primer actor de moda. Ocupaba la crónica y preocupaba á los hombres de mundo. Decía de los revisteros que imprimían su nombre á cada instante en las reseñas de las carreras ó de los estrenos, de las sesiones del concurso hípico ó de los *matches* del tiro de pichón:

—Estos buenos revisteros, yo les alimento.

Y era verdad. Á *tanto* la línea, se había fabricado el joven Príncipe una leyenda de buen tono y de alto gusto.

El príncipe René *Flor-de-Chic*, venía á ser también el punto de mira de los camiseros y de los

sastres. Guapo mozo á su manera, noble á su modo, el aire aburrido y desdeñoso, envidiado por los hombres y mimado por las mujeres, echado á perder por la vida, gastado por la fortuna, ocioso, ocupando su tiempo en inventar sombreros inéditos y en lanzar al mundo muchachas desconocidas; estragado en la edad donde no hay artificio, Querubín mezclado de Lovelace, sucedía al general Chantenay por derecho de herencia; y el Príncipe amable y caballeresco de otros tiempos, apellidado «el último de los Abencerrajes», renacía en su hijo, como una obra de arte sobreviviría en sus moldes.

Don Juan falsificado, pero con todas las aventuras é insolentes dichas de un Don Juan auténtico, el príncipe Beaumartel de Chantenay ejercía una de esas supremacías que se imponen en París no se sabe cómo, y que duran lo mismo que la generación que las aguanta. Se le miraba con lentes como á un artista, para conocer el género inesperado que decretaba su fantasía. Él era el que había puesto en moda antes que nadie los gruesos diamantes, las perlas gruesas, las grandes sortijas, la maciza joyería, llevando su nota alborotadora, —y nota era la palabra exacta,—á la estricta corrección de la *toilette* moderna. Su distinción, al contrario de la de su padre, consistía en singularizarse; se le había visto después de un desafío con un *clubman* de sus amigos, por causa de Niceta I ó de la duquesa de Terni, no se sabía á punto fijo, llevando un pañuelo de seda anudado al cuello, y abrochado con un camafeo antiguo, para disimular el arañazo que le había hecho la espada del joven Servière, ó las uñas de Niceta I, no se sabía á punto fijo.

El Príncipe, por la mañana vestido á la inglesa de grueso paño gris, estaba por la tarde resplandeciente de bisutería como un escaparate del Palacio Real. Tenía en la pechera de la camisa perlas ó brillantes de un tamaño excepcional, célebres en casa de los joyeros. «¡Quitádoselos, se haría un negocio soberbio!», decían en el club. Esta prodigalidad de joyas quitaba un poco de su seriedad británica á este parisiense de aspecto exótico, inglés ó ruso, cuyo principal encanto era este, que ninguno le disputaba: «¡Nadie saluda como él..., nadie!»

Saludo correcto, el cuerpo derecho, los pies en ángulo agudo, la nuca inclinándose automáticamente, ni mucho ni muy poco, de un carácter especial, que á veces daba al saludo una significación desdeñosa, y que exagerado lo hubiera hecho obsequioso, saludo exquisito, y que lo constituían una inclinación breve y un movimiento rápido en dos tiempos. «¡Nadie saluda como él!» El príncipe de Chantenay debía llegar á todo con la superioridad y la especialidad de aquellos saludos!

En los salones había mujeres más que maduras, viudas que el tiempo había hecho venerables, y que cuando se les preguntaba: «¿El príncipe René saluda mejor que su padre?», dejaban asomar á sus labios, que sólo podían dar besos de abuela, sonrisas que recordaban el pasado y que querían decir, cuando la boca no lo decía: «¡Eh! ¡Este es otra cosa..., es otra cosa!...» ¡Ah! ¡Bellas sonrisas! Y muy lisonjeras, á pesar de su edad, para el difunto general príncipe Beaumartel de Chantenay, el último de los Abencerrajes!

El marqués de Ferdys no se lo ocultaba tampoco á su sobrino René.

El Marqués, después de la muerte del príncipe Gerardo, se había casado con la señorita de Chantenay, hermana del General, y en Alma, á los veintidos años, había llevado la bandera del Príncipe. Y hasta una bala le había alcanzado en Malakoff, ante su General, y derribado á tierra. Tenía casi admiración por el príncipe de Chantenay, y el señor de Ferdys, á la vuelta de Crimea, se casó con la única hermana de Gerardo. Matrimonio de amor, cuyo amor se decía que no había durado más tiempo que el que dura un fuego de paja.

El Marqués llevaba, desde 1858 á 1870, una vida alegre; y la Marquesa, que le amaba siempre, á pesar de sus calaveradas, se consolaba de ser una mujer abandonada, convirtiéndose en madre adorada y adorable. Criaba á su hijo, dos años menor que René, y con un poco de buena voluntad hubiese podido convertir á su marido, aquel gran loco que había pasado treinta años mucho menos juiciosamente que un adolescente.

El 70, el señor de Ferdys volvía al servicio; saludaba á la Marquesa, besaba en la frente á su hijo Raimundo, que tenía trece años, y se iba á combatir, sobre la plataforma de Illy, al lado de Galliffet y de Margueritte. Prisionero después, regresó justamente á tiempo para presidir, al lado de Raimundo, el duelo de la señora de Ferdys. Después el niño terminaba sus estudios en el colegio; el Marqués volvía á recobrar su vida de París, como el mismo París recuperaba la suya, y pasando ya de los cuarenta años; pero hombre guapo, elegante, flaco, cuidadoso, con los bigotes retorcidos y los cabellos grises, como si se los hubiese empolvado, disputaba á su sobrino René los corazones sin due-

ño, capaz, á pesar de su edad, de derrotar al príncipe de Chantenay sobre este terreno especial que desde tantos años le era excesivamente familiar.

—¡Sí, querido mío (decía alegremente el Marqués); vosotros no soís hombres!... Raimundo es un benedictino. Quiere hacerse marino y amontonar sus libros. ¡Tanto da hacerse monje! ¡Y tú, seductor; si la sombra de tu padre apareciese con sus cabellos blancos,—¿tú me entiendes, con sus cabellos blancos?—todas tus queridas, todas, te plantarían al punto por el fantasma de tu padre!... Por otra parte, sin ir más lejos, ¡yo!...

Se señalaba á sí mismo, murmuraba algún nombre femenino, y refa bajo su fino bigote, viendo el gesto de su sobrino.

—¡Derrotado por mí, René! Interroga mi fe de bautismo. ¡Desgraciado!... ¡1833!... ¿No te avergüenzas?

Y, por otra parte, consolaba á su sobrino, jurándole que sus mutuas victorias eran verdaderamente muy fáciles. No tenía que alabarse de las suyas, ni enojarse por las del vecino. Esto era corriente, este reotipado. Periódicos que todo el mundo podía leer, todo el mundo...

—Inventa siquiera una novela que nadie haya leído,—decía el Marqués.

Y pensando en Noris Feraud, sonreía el Príncipe algunas veces. ¡Una novela desconocida! El señor de Ferdys no creía acaso decir cosa tan exacta.

En tanto que Vérignon estuvo en alza, René honraba con su presencia los salones del Administrador; no por él, sin duda, sino por Noris.

La prisión del inventor de las *Minas de Sierra-*

*Fuente* sólo había entibiado su celo, y ya que la señorita Feraud, discreta y honesta, no parecía, tanto peor á fe mía, aunque ella fuese encantadora, el Príncipe no soñaría seguramente en ir á pescarla en sus aguas cenagosas.

Aunque interesado por aquella belleza singular, René olvidaba ó trataba de olvidar completamente á Noris, cuando la joven le había llamado directamente.

La carta escrita por Noris confiadamente, traía al señor de Chantenay bastante malhumorado y perplejo. Evidentemente no hubiese él encontrado nada mejor, para ganarse las simpatías de la hija, que protegiendo ó haciendo que protegía al padre; pero sentía cierto temor á mezclarse en un negocio comprometido. Su instinto de hombre de mundo prudente y elegante le incitaba á apartarse de semejantes molestias. No había de meter el pie en este charco para no recibir más que salpicaduras. ¡Bah! Á pesar de los bellos ojos nublados de Noris, acaso valía más dejar la súplica sin respuesta. René no respondería nada. Tenía, después de todo, hermosas muchachas en París, y la joven baronesa Niedmann justamente preocupaba al Príncipe en aquellos momentos. Pero súbitamente, el encuentro de Noris ante el establecimiento del doctor Sierck encendía de nuevo las llamas de deseos de René. ¡Jamás le había parecido Noris tan exquisita! ¿De dónde diablos había tomado aquellas pupilas? Fatigada, las facciones demacradas, todo la hacía bonita; con su palidez mate y la expresión huraña de sus ojos, excitaba en el Príncipe apetitos más ardientes. Volviendo á subir en el coche, se acusaba inmediatamente, no como una acción egoísta, como una falta

de generosidad, sino como un puro y simple disparate, el no haber sido con Noris más expresivo, el no haberla, por ejemplo, prometido protección á todo trance.

—¡Qué simpleza! (pensaba.) ¡Y esta era, sin embargo, una ocasión!

Del llamamiento desesperado de la pobre joven, de su verdadero dolor suplicándole, de aquel lance inesperado y encontrado casualmente, no sacaba más que esta conclusión:

—He dado de lleno en la bobería. La niña es, sin embargo, bastante bonita para que me arriesgue á comprometerme un poco por ella. Tanto más, cuanto que un Chantenay puede mezclarse en todo sin comprometerse en nada.

René pensaba, por lo demás, en reparar su error. No tenía más que presentarse como un salvador, aunque después no lo fuera, en casa de la señorita Feraud. Y aunque se tomase el trabajo de interceder con algún juez en favor del condenado, ¡Noris valía la pena! Hacer pasar su tarjeta á un Presidente del Tribunal de apelación, no es en suma un gran sacrificio. Iría á ver á los jueces cómo le pedía: iría á verlos, para conservar el derecho de volver á verla. Y mudando de tono, arrojándose al agua, como él decía, escogiendo su táctica, el príncipe René llegaba sonriendo á la casa de Eugenio Feraud, y tendía á Noris la mano abierta y adicta de un amigo.

¡Ah! ¡cómo tomó ella aquella mano, y cómo, volviendo á ver al Príncipe, se creyó protegida y salvada! Ya no estaba sola. Tenía un apoyo en esta lucha empeñada con las gentes de justicia, á las cuales quería arrancar su padre. Le parecía que

Feraud no tenía nada que temer ahora que el señor de Chantenay consentía en ocuparse en su asunto.

—Porque me ayudaréis á reivindicarle, ¿no es esto?—decía ella, mirándole al fondo de los ojos.

—Yo os lo prometo.

Y conservaba en su mano fina y nerviosa la mano calenturienta de Noris, y la sonrisa del Príncipe daba á la joven calofríos de una ternura singular. Le parecía que este joven la envolvía en una especie de afección paternal, y ella, que era como la protectora del viejo Feraud, experimentaba una sensación voluptuosa al verse protegida y á su vez dominada por el Príncipe.

Tenía prisa por decir al procesado lo que M. de Chantenay le había prometido. Esta era también una esperanza para el desdichado que vivía en aquella atmósfera de prisión, con un olor insoportable de la estufa del lavadero y del hospital, saliendo apenas de su rincón para ir arrastrando sus achacosos pasos por los paseos, donde por todo horizonte había cascotes de murallas derruídas, y un poco de cielo geoméricamente cortado sobre su cabeza.

¡Ah! El pobre no velista caía de lo alto.

Al paseo, donde la impresión de su encarcelamiento era mucho más fuerte, prefería aún su estrecho recinto, con sus desnudos muros medio teñidos de ocre amarillo y oscuro, con una mesa baja, un taburete de madera negra, una olla de barro, una cuchara de palo, un jarro y un barreño de hierro,—celda atroz, pero celda donde podía al menos pensar á su sabor, mientras le entraba la claridad por una elevada claraboya que se abría y cerraba con un cabo de hierro.

Se ahogaba en este foso donde la mirada del

guardián le espiaba por un agujero casi invisible, donde le pasaban su comida por una rendija, como á un perro, pero donde por la puerta entreabierta, clavando sus ojos en la abertura, veía en el centro de la cárcel, brillando en esta atmósfera gris, bajo su casulla dorada, al sacerdote que decía la misa en el centro de la redonda capilla; centro de esta rueda de dolor, de la cual, cada división es un radio.

Se ahogaba en este calabozo, pero allí podía ser él. Escribía, escribía sin cesar, emborronando papel, donde contaba su vida entera, laboriosa y moderada, á sus futuros jueces. También leía, pedía libros al bibliotecario, y un día en que por una extraña casualidad le enviaron una de sus novelas, *El Corazón desgarrado*, experimentó como un gozo nunca sentido. La cárcel le pareció desde entonces menos sombría; se le conocía allí. Esta fué una alegría. Entonces pidió otras novelas suyas.

Pero el desgraciado iba al encuentro de una decepción.

Le eran llevados sus pobres libros, encartonados malamente, con una etiqueta de tela gris pegada en el lomo, y el título escrito á mano; se los traían de la Biblioteca, entre las obras que componían el catálogo de estas prisiones, el *Museo de las familias*, el *Almacén pintoresco*, la *Biblioteca de viajes*, la *Revolución* de Thiers, los cuentos de Dumas ó de Merimée; los abría, interrogándolos como á compañeros, pues se consideraba sorprendido y dichoso de encontrarlos prisioneros como él.

¡Las antiguas novelas de sus veinte años! ¡Las narraciones de su juventud! ¡Las que, según creía en otro tiempo, debían darle la gloria!

Luego sintió tristeza y sentimiento por haber reclamado aquellos pobres libros. Los volvía á encontrar; pero, ¡con qué amargura! Les hallaba manchados por las anotaciones brutales, simples ó cónicas de aquellas manos habituadas á los robos, manos callosas con las uñas planas y los dedos manchados de sangre.

Se ponía rojo ó pálido cuando encontraba allí, objeto de burlas asquerosas de aquellos tunantes y asesinos, las descripciones poéticas, con las cuales adornaba sencillamente sus narraciones mejicanas, sus viejas novelas de amor de las hermosas noches brasileñas. El *¡oh! ¡ya! ¡ya!* burlón del lector saltaba como una injuria á la frente de las pálidas Mercedes y las Cármenes, «con los ojos aterciopelados» de Eugenio Feraud. Los heroísmos amorosos, los sacrificios de los galanes jóvenes, las situaciones lastimeras, servían á aquellos críticos de Mazas para burlas escritas en el margen, con ortografía deplorable de manos escépticas y estragadas. Y el novelista, que se indignaba de buena fe con los atentados criminales de sus *gauchos*, de sus bandidos de Tierras Calientes y de los personajes secundarios de tez cobriza de sus dramas, encontraba, seguidas de exclamaciones bufonas, de inscripciones cónicas, mandando á la escuela á sus *salteadores* y sus bandidos.

«Es tonto D. José Cabral! Yo manego megor quel el cuchillo: firmado NOEL (PEDRO LEON), llamado LA NEVERA.»

¡He aquí lo que pensaban de él los lectores de la cárcel! Esto era para el desgraciado un terrible desencanto.

¿Es que la realidad excede en horror á nues-

tras ficciones? — se decía entonces el pobre Feraud, meditando que tal vez en otro tiempo se había equivocado al pensar que Balzac desilusionaba de la vida.

¡La vida! ¡No era más alegre que esto! Y el pobre idealista se hallaba ahora casi forzado á reconocer que el pesimismo de Balzac no era acaso injusto del todo. ¡Ah! Balzac conocía á estos fulleros, y no se hubiera dejado echar la zancadilla y ser llevado á Mazas por un tuno como Vérignon.

— ¡Si alguna vez salgo de aquí..., y yo saldré... (decía entonces el procesado), ya verán! ¡ya verán!

Noris alimentaba en él esta confianza, y ella misma se sentía al presente confiada y animada por el príncipe de Chantenay. René cumplía su palabra. Había visto á los jueces, abogando á su modo la causa de Feraud, diciendo lo que era verdad: «Le habéis tomado por un tunante, y es un imbécil».

Y volvía á la calle Brochant á decir á Noris con aire intencionado:

— Esto va bien. Le sacaremos adelante.

La joven experimentaba por el Príncipe un sentimiento de gratitud inmensa, que aumentaba el amor que por él sentía desde que le conoció. Había llegado á ser para ella el ser ideal que protege y que salva, y le consagraba una afección singular, formada de todas las esperanzas, de una ardiente fe y de una confianza sin límites. Parecía un fraternal colaborador en la obra salvadora que perseguía.

Y poco á poco, en el aislamiento en que se mostraba, con la necesidad de confidencias que sentía su corazón, llegaba á unir tan íntimamente á René

de Chantenay con su propia vida, que pensaba en él como en el más querido de todos los seres después de su padre, y le llamaba sonriendo «mi hermano René». Éste no le hablaba de amor, y, no obstante, en aquella ternura protectora se sobreentendía una pasión, y aquel hermano mayor tenía diestramente sus redes.

Tampoco tenía prisa por llegar al término, como él decía. Aquellas visitas á Noris en la casita de Batignolles, sus largas conversaciones, sus paseos por las calles del Parque, entre filas de niños y de lilas que brotaban juntamente, le procuraban una agradable distracción y una novedad imprevista y original, que en nada se asemejaba al salón de ensayos de baile, á los bastidores de los teatrillos y á los tocadores conocidos. Aquel parisiense representaba momentáneamente el idilio y rebajaba sus amores, lisonjeado por la pasión que en Noris advertía y que halagaba su amor propio, por ser aquella pasión la que siente la prometida, el ser que ignora y que ama, la criatura delicada que hoy es la joven y ha de ser la esposa.

Para el Príncipe, cansado ya de los amores eternamente iguales, aquella era una seducción nueva que alimentaba sus curiosidades, y que, sin embargo, le proporcionaba el encanto de quedar en aquella indecisión de capricho, en aquella especie de *no-viazgo* que le satisfacía.

Iba á visitar á Noris frecuentemente, casi siempre cuando ella volvía de Mazas, y, si estaban solos, hablaban constantemente de Feraud. El asunto habría sido fastidioso para René, si hubiera escuchado; pero miraba los hermosos y negros ojos de Noris, su nariz recta, á la que la cólera imprimía

cierta palpitación, los labios, que temblaban de indignación y podían temblar de voluptuosidad; tomaba en sus manos las manos febriles de la pobre niña, y permanecía así encantado ante aquella belleza algo salvaje, sin polvos de arroz ni coquetería, dichoso cuando la oía decir, tratando de sonreír y después de secarse las lágrimas:

—¡Pero os estoy enojando siempre con mi padre!... Vaya, no hablemos más de él, y hablemos de vos. ¿Qué habéis hecho hoy?

—¿Qué había hecho? Nada. Dos *toilettes*; una vuelta por el Bosque; una conferencia con su camiserero para saber si se llevarían uno ó dos botones en la pechera. Había hablado con su madre, siempre molestanda por la jaqueca y extendida en su butaca, en su pequeño gabinete japonés. Una vuelta al Tattersall, otra al Hotel Druot para pujar un juguete. Había cambiado de cochero, y pasado el tiempo aquí y allá.

Y añadía, queriendo hacer gala de ingenio:

—¡Es tan largo un día entero!... ¡Ah! También hay presos con libertad.

Una tarde, al llegar á casa de Noris, la encontró más nerviosa é inquieta que de costumbre: Eugenio Feraud estaba enfermo. Aquellas torturas le habían atacado al cerebro, y había tenido un arrebató la noche anterior. Por un instante se había temido un suicidio, y se había *doblado* al preso: en lugar de su celda solitaria, se le había conducido á otra con un compañero. El honrado viejo vivía con un ladrón; un hijo de familia que había forzado la cerradura de la caja de su principal, y huído después con una muchacha despreciable. Aquella promiscuidad con un ser envilecido humillaba á No-

ris; pero, cosa singular, no disgustaba á Feraud.

—Mejor, mejor.... (decía.) Haré hablar á mi ladrón, y le estudiaré.... No he estudiado bastante el natural....

Su hija estaba aterrada por aquella especie de satisfacción beatífica, por aquella dulce sonrisa, que en el movimiento senil de su cabeza gris le parecían síntomas de enfermedad. ¿Y si su padre muriese? ¿Y si muriese sentenciado? Esto sería espantoso. Después de tantas vergüenzas, la suerte le debía por lo menos el brillo de una rehabilitación.

Y en tanto que Noris se exaltaba ante aquella idea dolorosa, René se esforzaba por calmarla, repitiéndole que aquella enfermedad del preso era poca cosa, y motivada por los primeros días de calor, el aire enrarecido de la prisión y lo corto de los paseos; y al consolarla, conjurándola á que no llorase, sentía el atractivo indefinible, la embriaguez exquisita que producen las lágrimas de una mujer.

Ella, apoyada en el brazo de un sillón delante de la ventana abierta, se veía envuelta por un rayo del sol poniente, como si fuese un velo de rosa; y él, contemplándola envuelta en aquella tibia luz, en una aureola de primavera, se sentía atraído y conquistado; se acercaba, buscando su mirada aquel hermoso y entristecido rostro que se apartaba de él; apartaba de los ojos llorosos de Noris las manos que los cubrían, conteniendo sus sollozos y contemplándola frente á frente, medio arrodillado, inclinado hacia aquella impresionable criatura que bañaba el crepúsculo rosado.

—No hay que desesperarse, Noris (decía).

Vuestro padre regresará libre, y vos seréis feliz y seréis amada.

Ella se estremeció, y dirigió sus ojos á los de René.

Era la vez primera que en aquel tono apasionado, á media voz y con el temblor de una declaración, el Príncipe le hablaba de amor.

—¡Amada!

Y movía la cabeza, pensando en su padre, á quien acaso no volvería á ver allí, como le decía René, y éste, envalentonado por la frase que acababa de pronunciar casi á pesar suyo, se acercaba más, oprimía las manos de la niña, y murmuraba á su oído:

—Yo soy quien os amaré toda su vida, Noris.... ¡Sois tan hermosa y tan buena! ¡Merecéis tanto ser amada!... ¡Y te amo! ¡Te amo!

Ella cerraba los ojos, abandonándose á las ternuras de aquella música encantadora; olvidada de todo y en un sopor delicioso, se dejaba mecer por las caricias de aquellas palabras, mientras que René, verdaderamente conmovido y verdaderamente sincero á la sazón, delante de aquella criatura cuya mirada le penetraba hasta el alma, se oía interrogar á su vez por la voz de Noris, tímida como un suspiro:

—¿Es cierto? ¿No me mentís?

—Te lo juro.

—¿Y me amas?

—Con toda mi alma.

—¿Me amarás siempre?

—Y serás mi esposa...., ¿lo oyes, adorada Noris? ¡mi esposa!

—¿Tu esposa?

Noris creía que aquello era un sueño, el delicioso sueño de sus primeros años, y aquel Príncipe, el quimérico amante, el príncipe azul, que le repetía radiante de amor:

—Sí, mi esposa.... Tan cierto como lo es que te adoro.... Te lo juro por mi honor.